

¿Triunfa el imbécil?

Caminos de utopía

.....
Luis Capilla

Miembro del Instituto E. Mounier



El mayor fabricante de heces de la televisión española, Javier Sardá, dice sentirse orgulloso con las conclusiones filosóficas de su millonaria cuenta corriente —10 millones de euros— y señala que «habla con la autoridad que le otorga el éxito», aunque también tenga que sopor-tar calificaciones que matizan ese éxito, pues últimamente ha sido bautizado por uno de sus colegas con el nombre de «emperador de la mierda». El autor de este artículo, por el contrario, si tiene alguna autoridad, está cimentada en un amplio fracaso. Como botón de muestra: 50 años de sacerdocio practicando el neomalthusianismo espiritual, y el único seminarista que envié al seminario —por encontradas mentalidades— fue expulsado de él.

Pero ¿de qué vida humana puede afirmarse que está total y definitivamente concluida a la hora de la muerte? «No hay joven que no pueda morir al día siguiente, ni anciano que no pueda vivir un año más», decía Menéndez Pidal, ya nonagenario, pero todavía con una enorme cantidad de proyectos. Sí, si aún queremos hacer algo, sea egregio o gregario el posible resultado de nuestro empeño, todos moriremos inacabados:

«Nadie triunfa más fácilmente —dice Mounier— que el débil mental, debido a las escasas fuerzas que para ello emplea. La aparición del delirio de grandeza, que es el delirio del éxito, señala la instalación definitiva de la demencia» (Berlusconi no dudó en autoproclamarse «el mejor líder político de Europa y llegó a decir: «No hay nadie que pueda competir conmigo a nivel mundial». Sin comentarios).

El rostro y el estilo radiante del imbécil son proverbiales... una reacción de triunfo demasiado libre de inquietudes, revela un psiquismo de calidad mediocre. Jamás se habla de «un hombre de éxito» o de un «escritor en boga» para designar al genio o a la auténtica pasión. Cervantes, por ejemplo, no se enteró mucho de su reconocimiento. Y la obra de Dante no gozó del valor que merecía hasta el siglo xx. El hombre triunfante cree, como certeramente dice la sabiduría popular, que ha llegado el momento de «cantar victoria» y «cosechar laureles»... vive un desenlace que inicia su retiro, que va a cobrar sus rentas. Bloquea entonces su acción, detiene sus ideas, quiere inmovilizar

EL FRACASO

ese instante de equilibrio embriagador que sólo le es otorgado como nuevo punto de partida; pero él, ya llegó... se ha transformado de actor de su vida en propietario de ella. El mismo mal —sigue diciendo Mounier— amenaza a los partidos, a las revoluciones y a toda clase de movimientos cuando llegan a su apogeo. Jiménez Lozano, humanista de profundo sentimiento religioso, premio Cervantes 2002 que reivindica el conocimiento como fuente de placer y la conciencia como territorio del hombre libre, señala que una de las grandes desazones de hoy es que se enseña a los niños a vivir pendientes del éxito. Thomas Merton llega a afirmar algo que puede parecer excesivo: «es mejor ser criminal que tener éxito».

«Pero como el hombre —en expresión de Pascal— supera infinitamente al hombre», tiene el camino abierto para seguir andando y cada meta que conquista se convierte en nueva trinchera para, desde allí, lanzarse a la

búsqueda de nuevos horizontes. Los «caminos de utopía» son las autopistas de la aventura humana, siempre inacabada.

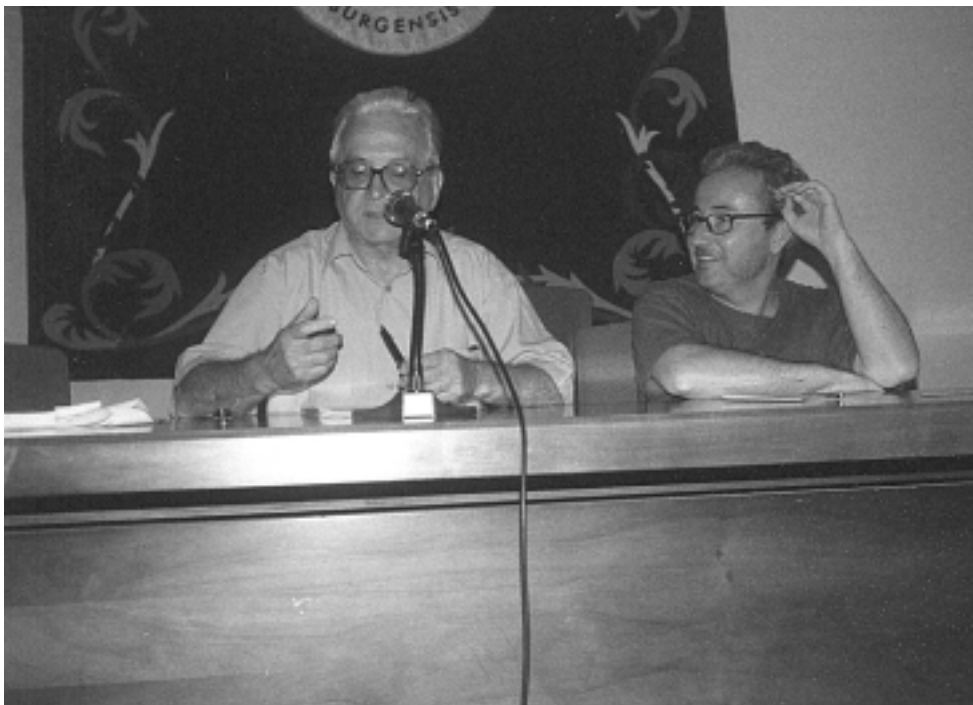
Me voy a referir brevemente a «dos caminos utópicos».

El banco de los pobres

Ha sido la gran obra de Muhammad Yunus jefe del departamento de Economía de la Universidad de Chittangong, en el extremo sudeste del país de Bangladesh.

«Recuerdo —dice— el entusiasmo con que enseñaba las teorías económicas, demostrando que ellas aportaban respuesta a problemas de todo tipo. Yo era muy sensible a su belleza y elegancia». «Pero en el año 1974, estalló una terrible hambruna. Los hambrientos estaban en todas partes y pronto vinieron los muertos, y era difícil distin-





Luis Capilla

guir a los viejos de los muertos. Los viejos tenían aspecto de niños y los niños parecían viejos.

El Gobierno instauró ollas populares, los periodistas alertaban a la opinión pública. Los institutos de investigación informaban sobre posibilidades de supervivencias. Las organizaciones religiosas se esmeraban en ofrecer una sepultura decente, pero los cadáveres se acumulaban a tal ritmo que muy pronto tuvieron que renunciar. La vida cotidiana se tornaba para los pobres cada vez más dura. Para ellos morir de inanición parecía la única salida. ¿Cómo seguir —se preguntaba el profesor de economía— contando bellas historias a mis estudiantes? Mi deseo —sigue diciendo— era no solo tomar por la tangente, abandonar los libros de texto, huir de la vida universitaria (viene a nuestra memoria aquella frase de Mounier: *He negado mi reverencia a la Universidad*). Quería comprender la realidad que rodea la existencia de un pobre, descubrir la verdadera economía, la de la vida real y para comenzar, la de la pequeña aldea de Jobra que quedaba en las vecindades del campus. Decidí volver a ser estudiante. Jobra sería mi universidad; la gente de Jobra, mis profesores... y así daría un gran paso respecto a la enseñanza libresca».

Se encuentra con Sufia Begum que fabrica taburetes de bambú. 21 años:

«—¿Cómo consigue el bambú?

—Lo compro.

—¿Cuánto le cuesta?

—5 takas.

—¿Tiene ud. esos 5 takas?

—No. Los pido prestados a los paikars (intermediarios). Al final de la jornada tengo que venderles mis taburetes por 5 takas y 50 paisas.

O sea que su beneficio es de 50 paisas (diez céntimos, ni más ni menos).

—Pero ¿no puede pedir prestado el dinero?

—Sería peor.

—¿Cuánto cuesta el prestamista?

—A veces el 10% por semana.

Sufia tenía los dedos callosos, las uñas negras de roña y yo no tenía la menor oportunidad de mejorar su situación económica. Llamé a Maimuna, un estudiante a quien pedí que me hiciera una lista de toda la gente de Jobra que, como Sufia, se endeudaba con intermediarios y eran así despojados del fruto de su trabajo. Una semana después, teníamos la lista: 42 personas que habían pedido prestado en conjunto 856 takas, o sea, menos de 27 dólares entre todos.

Resolví contactar con el director del banco local para pedirle que prestara dinero a los pobres... Nada. Esa gente no era pobre por estupidez o por pereza. Trabajaban el día entero, cumpliendo tareas físicas de gran complejidad. Eran pobres porque las estructuras financieras del país no tenían la vocación de ayudarles a mejorar su situación. Era un problema estructural y no un problema de

EL FRACASO

personas. Le di a Maimuna los 27 dólares y le dije: ya está. Préstales ese dinero a las 42 personas de nuestra lista. Así podrán reembolsar a sus acreedores y vender sus productos donde les ofrezcan un buen precio. En el Grameen (El Banco de los Pobres) nunca dejamos de afirmar que los pobres son solventes; que es posible hacerles préstamos según una óptica comercial y generar beneficios. Hemos caminado mucho desde el primer préstamo: 27 dólares a 42 personas. Ahora en un solo año hemos llegado a 2.300 millones de dólares prestados a 2,3 millones de familias. En estos momentos el número de empleados en dicho banco superan los 27.000».

Y este hombre, que no se define como banquero sino como un «sembrador de esperanzas», nos da este juicio en relación con la limosna: «dar limosna no es ninguna solución a largo plazo y ni siquiera a corto plazo. En todos los casos la mendicidad priva al hombre de su dignidad».

Monasterios laicos

«El fruto del cristianismo está en que reproduzcamos el antiguo monacato», dijo Bonhoeffer. En la Edad Media los monasterios consiguieron ser la alternativa a la manera de vivir, al modo de vivir en el mundo. El castillo — construcción para la guerra— simbolizaba el carácter guerrero de la sociedad. Los «siervos de la gleba» y los campesinos vivían protegidos a la sombra del duque, conde o marqués de turno. Las marcas, —origen del término marqués— eran zonas fronterizas en permanente estado de guerra. Claro que la protección tenía a veces como contrapartida condiciones muy humillantes como «el derecho de pernada». Frente a esto, el monasterio era

el edificio de la paz y —junto con la paz— del *ora et labora* (del trabajo, no solo intelectual, —todavía se conservan maravillosas bibliotecas con ejemplares únicos— sino manual, hasta entonces considerado por la nobleza como indigno, pues su oficio casi exclusivo era la guerra).

Dos son —entre muchas otras— las diferencias fundamentales entre los monasterios laicos y religiosos. Estos últimos son inconcebibles sin la figura del Abad, el superior del monasterio, y la obediencia es el aglutinante de esa micro-sociedad que en la Edad Media era el monacato religioso. Pero el laico, «es el superior de su propia orden» y no está sujeto a más obediencia que a las normas generales de la Iglesia y tiene que ir fabricando sobre la marcha su propia estrategia y su propia táctica.

La otra diferencia está en que los monasterios religiosos se apartaban «del mundanal ruido». «El lugar de la vida del cristiano —dice Bonhoeffer— no es la soledad del claustro sino el campamento mismo del enemigo». Se trataría de organizar un grupo de viviendas igual que las otras, pero donde el lujo brillara por su ausencia. Tendrán el comedor común —es una pérdida de tiempo y dinero una persona en cada cocina— lavandería común y una biblioteca común que empalmada con un pequeño oratorio puede servir también de capilla común.

La divisa de estos monasterios laicos —se puede inventar otro nombre— nos la da Mounier cuando nos dice: «Nos hace falta un equipo de hombres y mujeres de piel dura, que sepan y sientan que se hallan en estado de guerra espiritual y tenga unos para otros, una especie de severidad militar bajo la mirada única de la amistad». Nos damos de plazo entre seis meses y un año para empezar una experiencia de diez o doce viviendas con las características anteriormente dichas. Los que estéis interesados podéis poneros en contacto con nosotros.